

las ocasiones que tenemos todos para ejercitarla, toda vez que el Padre San Gregorio nos ha dicho que de tres maneras solemos ejercitar esa grandiosa virtud: «por los males que sufrimos de parte de Dios que los envía ó los permite; de parte del enemigo antiguo, y de parte de nuestro mismo prójimo:» *alia namque sunt, quæ á Deo; alia, quæ ab antiquo adversario; alia, quæ in proximo sustinemus.* Pensemos un momento sobre estos males para neutralizarlos con la paciencia cristiana que nuestra Madre santísima nos ha patentizado en el Calvario, á fin de que en el Calvario de nuestros incesantes sufrimientos merezcamos el premio celestial que á esa virtud está vinculado.

Es una verdad incontestable, A. H. M., revelada por San Pablo «que todos aquellos que quieran vivir piadosamente con Jesucristo, padecerán persecucion» ora de los enemigos declarados de la religion, ora de los malos cristianos, ora de las pasiones y concupiscencia que habita en nosotros» segun espone S. Agustin. Esos trabajos y esas adversidades y otras que Dios nuestro Señor nos envía, como las enfermedades, la pérdida de nuestros deudos y amigos, y esos diversos castigos públicos y privados, entran en los designios altísimos de su providencia paternal para nuestro bienestar eterno. David mientras vivió en la prosperidad, cuando vencía los leones, y derribaba los gigantes, y recibía los aplausos de sus súbditos y de los pueblos, se cuidó bien poco de los preceptos del Señor, y aun dirigió su impura mirada y su corazón á Betsabé, mujer de Urias, haciéndose hasta desgraciado. Mas luego que se vió perseguido de Saul, de Absalon, de Seméi y otros enemigos, y vió su ejército diezmado por la epidemia, entonces comenzó á recordar los mandamientos de Dios, á deplorar sus repetidas trasgresiones, y las causas de sus infortunios y de los males que le habian sobrevenido: *tribulatio et angustia invenerunt me, mandata tua meditatio mea est.*

En situaciones tan difíciles; «cuando la mano del Señor pesa sobre nosotros» por la afliccion que causan los males que experimentamos, hasta el extremo de interesar en nuestro favor la compasion de nuestros amigos, como sucedia al paciente Santo de la tierra de Hus, en esas situaciones ¡desgraciado aquel que olvidándose de su condicion de pecador, y de discípulo de Jesus, se indigna contra las disposiciones del cielo, y resiste la poderosa mano que lo aflige! Sus murmuraciones contra la divina providencia, sus insensatas impaciencias que ponen en sus lábios la maldicion, la blasfemia, ó cuando menos las quejas imprudentes contra los decretos de Dios, de nada han de servirle para atenuar sus males, y de mucho para aumentar su desventura. Otra sería la suerte de ese hombre sin fe, y sin esperanza si recordara en esos momentos de angustia la paciencia de nuestra Madre bendita en el Calvario para imitarla y que «Cristo, segun afirma San Pedro, tambien padeció por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas; porque cuando le maldecian, no maldecia, y padeciendo no amenazaba:» *cum malediceretur non maledicebat; cum pateretur non conminabatur;* ejemplo de heroica paciencia que ojalá todos imitáramos, y que será sobradamente recompensado; porque «no son comparables los trabajos de este tiempo con la gloria venidera que se manifestará en nosotros; porque si con Cristo padecemos con noble resignacion, con Cristo tambien seremos glorificados:» *si tamen compatimur, ut et conglorificemur.* He aqui la gloria de los pacientes; así como «sufrir impacientemente es el miserable destino de los condenados,» ha dicho un escritor: *impatieniter pati damnatorum est.*

Si de los sufrimientos que directamente provienen de Dios para nuestro bien, pasamos á considerar los que nos ocasiona el infierno con sus tentaciones, obtendremos una prueba mas de la necesidad de la paciencia. ¡Ah! solo esas almas verdaderamente sensibles, delicadas, y que comprenden cuanto



vale la amistad y la gracia de Dios, podrán hablarnos de las inquietudes asoladoras que lleva al corazón la tentación al pecado del ángel de las tinieblas. ¿Y cómo esto es así, me preguntareis, habiéndonos dicho el apóstol Santiago: «Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando fuéreis envueltos en diversas tentaciones?» *cum in tentationes varias incidetis*. Esto no puede explicarse, A. M., sino por el ejercicio de la paciencia. Bien lo ha dicho ese mismo apóstol: «Gozaos en tal situación sabiendo que la prueba de vuestra fe obra paciencia, y que la paciencia contiene obra perfecta:» *patientia autem opus perfectum habet*. Es cierto que nuestra naturaleza repugna esas inquietudes que en sí mismas no son amables; pero toleradas con paciencia cristiana producen en nosotros frutos inestimables de gracia y de gloria, porque la paciencia es la guía de la perfección, toda vez que «Dios con las aflicciones sufridas con la paciencia, ha dicho San Cipriano, purifica las almas, y las hace más perfectas limpiándolas de toda imperfección y manchas:» *patientia autem opus perfectum habet*. De aquí es que muchos santos, lejos de entristecerse en las tentaciones, se alegraban en ellas, y de San Efrén se nos dice que hallándose en paz y tranquilidad rogaba á Dios que le devolviese sus antiguas tentaciones para que no perdiera la materia de merecer, y de aumentar su corona, y esto no podía ser sino ejercitando la santa paciencia que tan grandiosos frutos de santificación produce llevada á su más alto grado de perfección: *patientia autem opus perfectum habet*.

Necesitamos por último, M. A. H., prepararnos con la paciencia para tolerar santamente los embates que nuestros mismos hermanos asestan contra nosotros, procurándonos sufrimientos por la persecución, por los daños que nos ocasiona, ya en los bienes materiales, ya en los morales, como son la vida, la hacienda, la honra, la buena fama. Y ciertamente no se comprende como el cristiano pueda sin la paciencia

perseverar en el bien y no declinar al mal combatido por tan rudos y frecuentes ataques. Amante el hombre de su propia existencia por el instinto mismo de conservación; poseedor de los bienes de la tierra que legítimamente ha adquirido, las más veces con ímprobo trabajo, con afanes incalculables y con sacrificios costosísimos, y celoso de su buen nombre y de su honra, que es el galardón de la virtud sobre la tierra y el fruto de sus constantes esfuerzos y de combates perseverantes que ha sido preciso aceptar y sostener para obtener el triunfo del espíritu contra la carne, se ve algunas veces ultrajado en su persona y amenazada su vida; se le arrebatan otras veces sus riquezas, dejándole tal vez en la miseria y á sus hijos sin porvenir; y cuántas y cuántas veces se vulnera y mancilla su buena reputación, y se menoscaba su honor por la detracción más miserable y trascendental. No lo dudemos, A. M.; si entonces se consultara únicamente la prudencia de la carne, que por cierto es mala consejera, ¿quién sabe hasta dónde iría á parar aquel que sufre contradicciones tan funestas? La maldición, el odio, la venganza, los profundos rencores, la desesperación y con ella ese horrible cortejo de desastres que la acompañan sería la conducta del hombre afligido, y esto desgraciadamente no es una teoría, la experiencia nos lo enseña todos los días.

Pero el verdadero cristiano que sabe sufrir con paciencia obra de otra manera harto distinta. Este sabe que «los que temen al Señor guardan sus mandamientos, y tendrán paciencia hasta la vispera de Él,» hasta el día en que se vuelva á mirarlos con ojos benignos: *et patientiam habebunt usque ad inspectionem illius*. Este recuerda aquellas memorables palabras de San Pablo: «servimos de espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres, y somos abofeteados, y no tenemos morada segura, y nos maldicen y cuando nos maldicen bendecimos, y nos persiguen, y cuando somos perseguidos lo sufrimos con cristiana paciencia:» *per-*



*seculionem patimur, et sustinemus.* Este, al perder los bienes de la tierra que le han sido arrebatados, poseido de santa paciencia, no puede olvidar estas palabras de Job que tanto deben consolar á todos: «Desnudo sali del vientre de mi madre, y desnudo volveré á allá; el Señor lo dió, y el Señor lo quitó; como agradó al Señor así se ha hecho. Bendito sea el nombre del Señor:» *sicut Domino placuit, ita factum est. Sit nomen Domini benedictum.* Y el Apóstol viene á alentar entonces esta cristiana conformidad, que engendra la paciencia, con esta palabra de inefables esperanzas: «Llevásteis con gozo que os robasen vuestras haciendas, conociendo que teneis en los cielos patrimonio mas excelente y durable:» *cognoscetes vos habere meliorem et manentem substantiam.* Este cristiano en fin, si se vé vilipendiado, y hecho el blanco de la calumnia, de la murmuracion y del menosprecio, tiene muy presente estas palabras de la heroina de Betulia: «Nosotros no nos vengemos, mostrando impaciencia por esto que padecemos. Antes bien considerando que estos mismos castigos son menores que nuestros pecados, creamos que los azotes del Señor, con que como esclavos somos corregidos, nos han venido para enmienda, y no para nuestra perdicion:» *ad emendationem, et non ad perditionem nostram evenisse credamus.* Así lo creía el real Profeta cuando decía: «Bueno ha sido para mí el haberme tu humillado, para que aprenda tus justificaciones:» *bonum mihi quia humiliasti me ut discam justificationes tuas.*

No lo dudemos, A. H., la paciencia cristiana es la tabla de nuestra salvacion en los contratiempos y borrascas de la vida, es el puerto adónde debemos refugiarnos cuando rugen las tempestades del corazon, y las que nos suscitan para nuestra enseñanza y aprovechamiento espiritual nuestro Dios, que tanto nos ama, con las pruebas y castigos á que nos somete; el ángel de las tinieblas con las tentaciones que nos hace sufrir, y nuestro prójimo con los males que nos

ocasiona en nuestra vida física, en nuestra hacienda y en nuestra fama; es el bálsamo suavísimo que recibimos del cielo para curar las heridas de nuestra alma lacerada tantas veces por las vicisitudes del destierro. «Tened pues paciencia H. M. os diré con el Apóstol Santiago, hasta la venida del Señor; esperad un poco, que el Señor no tardará en venir y vengar las injurias y agravios que os hubieren hecho: *patientes igitur estote fratres usque ad adventum Domini.* Mirad como el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta recibir la lluvia temprana y tardia. Esperad pues vosotros con paciencia y fortificad vuestros corazones:» *patientes igitur estote et vos, et confirmate corda vestra.* Para esta obra buena y hasta heroica necesitareis un modelo de paciencia. Pues bien; pensad en María que ha glorificado esta virud sublime especialmente en el Calvario donde no se ha quejado de sus sufrimientos, de donde no se ha apartado para aminorarlos, antes bien los ha deseado buscándolos con avidez. Entonces, A. H. M., imitando la paciencia de nuestra Madre Santísima, nosotros tambien glorificaremos esa virtud que tanta dicha atesora y que tantos bienes nos proporciona. Que así suceda para gloria de esta Señora á quien honramos con esta novena, para utilidad de nosotros mismos y principalmente para enaltecer y bendecir á nuestro Dios.

¡Bendita seais una y mil veces, ¡oh! afligidísima Madre nuestra, que en el Calvario nos habeis enseñado tan admirablemente la virtud de la paciencia con que resplandecisteis durante toda vuestra vida! Haced, Señora, que en nuestras incesantes tribulaciones sea esta virtud el áncora de nuestra salvacion para no naufragar en las borrascas que nos agitan en el mar revuelto en que vogamos, y sepamos apreciar dignamente vuestros ejemplos engrandeciendo la paciencia, y con ella alcanzar el descanso de los justos en la pátria celestial para gozar de él por los siglos de los siglos. Amen.